

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Repositorio Institucional del ITESO

rei.iteso.mx

Publicaciones ITESO

PI - Revista Análisis Plural

2006-01

México y el papado

Vergara-Aceves, Jesús

Vergara-Aceves, J. (2006). "México y el papado". En Análisis Plural, año de 2005. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/1134>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

México y el Papado

Jesús Vergara Aceves

El mundo y la Iglesia católica viven actualmente grandes cambios en tiempos decisivos. El mundo ha logrado una globalización nueva con una enorme potencialidad solidaria para reunir a los pueblos del orbe en convivencia y justicia para todos, pero el resultado está siendo negativo. La Iglesia ha tenido uno de los pontificados más largos de su historia y tiene delante profundos interrogantes y muy hondos cuestionamientos que afrontar y resolver sin dilación.

Este ensayo se pregunta cómo la Iglesia católica puede y debe cooperar, conforme a su identidad, para el mejoramiento del mundo. Esto exige una responsable y libre madurez en la fe y, a su luz, una comprensión adecuada del mundo, de un México mejor, donde sea posible el maduro encuentro de la fe con esta sociedad secularizada. ¿Cómo puede cumplir mejor con su misión evangelizadora, en este momento de cambio de pontificado?

1. México y Juan Pablo II

En esta primera parte abordaremos cuatro aspectos: 1) la persona de Karol Wojtyła, 2) la Iglesia de Juan Pablo II y la Iglesia mexicana, 3) el Estado Vaticano de Juan Pablo II y el Estado mexicano, y 4) la necesidad de un nuevo concilio ecuménico.

1.1. La persona de Karol Wojtyła

Buscando un perfil interior del Papa que ayude a interpretar uno de los pontificados más largos, más activos y, en cierto aspecto, más renombrados y controvertidos, propongo a los lectores una clave que me ha ayudado a entender el porqué de sus viajes innumerables, de su constante aparición en público y de su encuentro con tantos jefes de gobierno, de sus numerosos discursos y escritos, de sus controversias y deci-

Análisis Cultural-Religioso

siones, de su popularidad y atractivo entre las multitudes, de sus roces y conflictos con el estilo de una época que parece marchar a contrapelo de la dirección que Juan Pablo pretendió imprimir a la humanidad: en vida (sexo, matrimonio y familia, maternidad y feminismo) y muerte (aborto y eutanasia), en ética, justicia, sociedad, derechos humanos, política y relaciones internacionales

La clave sería ésta: fue una vida que desde temprana soledad reaccionó contra el aislamiento, abandono y muerte, y que tuvo la fuerza de acometer los más duros riesgos y desafíos.

Huérfano de madre a los ocho años, se quedó sin familia desde muy joven. Su condición económica y social lo desafió a entrar sin romanticismos en el mundo del trabajo exigente y sin atenuantes. Ya años antes había visto desaparecer, dramáticamente, a sus amigos de juego, los rapaces del *ghetto* judío, a los que siempre miró con especial cariño y respeto, tanto que luego llamó a los judíos sus "hermanos mayores". Presenció su aniquilación por los incendios y los destierros que terminaban en los hornos exterminadores de Auschwitz. Continuó sus adversidades al sufrir con su pueblo polaco otra invasión más, la de los soviéticos.

En esos yunques se forjó una personalidad recia y fuerte que siempre encaró con todo realismo la fragilidad de la vida humana y la brutalidad de los instintos de muerte, pues ésta le acometió de cerca. La de la madre le enseñó, desde niño, a estimar la vida y el amor, por encima de todo. Ese trauma infantil, tardíamente desahogado, compactó de manera definitiva su temple de acero.

Los valores de la cultura polaca también se habían templado en la lucha contra los invasores. Sobre el tradicional mesianismo polaco, el nacionalismo estrechó filas. Finalmente, otro rasgo inseparable de la cultura polaca lo atrajo y lo fortaleció aún más: la concepción católica de la vida y del amor.

Todas estas vivencias lo llevaron a formular, en su fe, la quintaesencia de toda su persona, en la configuración de su escudo episcopal: *Totus Tuus-María*. El "todo tuyo" desahoga y cumple su ansia de vida, de toda la vida y sin condiciones, de la vida plena por la que no escatimó ningún precio, como

la intrepidez y el dolor. Y la vida plena no es vida si no es relación interpersonal, amor a María y a la humanidad entera. La devoción mariana de Juan Pablo II se encontró con otra gran devoción: la de los mexicanos a la Virgen de Guadalupe.

Juan Pablo II fue, pues, una personalidad forjada a fuego y golpe de martillo, toda en sí y toda para los otros. Esto explica la parte más auténtica de su actividad viajera y pública, de su ecumenismo, de su apertura a todos los continentes y culturas.

Pero el amor a la vida y el enfrentamiento a la muerte son dos caras difíciles de integrar en la misma persona. En el interior, no es difícil confundir un excesivo amor a todo lo que propicia la vida, con un excesivo temor a lo que acarrea la muerte. De hecho, Karol Wojtyla se apasionó por toda vida y contra toda muerte. Esto explica sus actitudes nítidas y tajantes sobre ambas. Pero, ¿hay suficiente conciencia de que la vida es también riesgo y no sólo seguridad y que sin el riesgo la vida no puede crecer?, ¿y de que un temor excesivo a la muerte acaba por no dejar vivir a la vida misma?

El caso es que en su vida de fe, Karol se adhirió de manera incondicional a los principios tradicionales de la fe católica y se opuso radicalmente a los principios ideológicos del nazismo y del comunismo. Confirmó ante sus enemigos la eficacia de aplicar los principios teóricos a la práctica. Por ejemplo, el ateísmo teórico del materialismo dialéctico se aplicaba con todo rigor al materialismo histórico. Y la Iglesia polaca respondía con la aplicación de los principios de la doctrina cristiana. Se opuso frontalmente a sus enemigos, pero no discutió la validez efectiva de la simple aplicación de la teoría a la práctica. Sin embargo, la convicción absoluta con que aquellas teorías se aplicaban, no pudo resistir los embates reales de una práctica que no se dejó nunca sujetar por teorías. Aunque la Iglesia polaca triunfó sobre un comunismo decadente, la Iglesia universal de Juan Pablo II no obtuvo buenos resultados al aplicar el mismo método frente a esta globalización neoliberal, como lo veremos más adelante.

Un breve contraste con el pueblo de México. En la colonia se aplicó el Derecho de España, y los indígenas reaccionaron

Análisis Cultural-Religioso

cumplíendolos en lo mínimo, para poder vivir al máximo fuera de una ley que no encajaba con sus culturas. Igualmente, la evangelización de la Iglesia se redujo a adoctrinamiento y aplicación, pero no llegó a lo profundo de las culturas; colonización y evangelización a medias. La nueva evangelización inculturada, pedida por Juan Pablo II, tiene todavía en México trascendental importancia y urgencia.

1.2. La Iglesia de Juan Pablo II y la Iglesia mexicana

Hay un cuestionamiento siempre latente: en qué medida la presencia pública de la Iglesia católica universal, en el pontificado de Juan Pablo II, fue más virtual que real; fue más una presencia mediática como nunca antes: viajes, concentraciones masivas, canonizaciones. Por otra parte, hubo un fuerte cuerpo doctrinal desde el Vaticano, sostenido por el Papa. ¿Qué tanto fue presencia eficaz al interior de la Iglesia y al exterior?, ¿qué tanto fue presencia independiente que relativizara y colocara eficazmente en el marco cristiano las realidades concretas del avance globalizado?

El espontáneo modo de ser de la gran masa del pueblo mexicano, más habituado a ver que a escuchar atentamente, acogió con gran simpatía a Juan Pablo II, desde su primera visita a nuestras tierras. La fe profunda y el carisma mediático del Papa con las masas llenaban la imagen paterna del líder con el que México sigue soñando. Pero la doctrina que inculcó cayó en la esfera de lo privado, donde el mexicano vive entre dos aguas, legalidad e ilegalidad, y donde tiene que decidir casi siempre en función del mal menor: cumplir con la ley, tanto cuanto sea necesario para sobrevivir. El Papa saludaba: "¡México siempre fiel!" y el pueblo le respondía cantando, "Tú eres mi amigo del alma". Se decía una cosa y se entendía otra. Como hemos dicho, Juan Pablo II, en la Polonia ocupada por los soviéticos, unificó y aplicó la doctrina cristiana y ayudó a liberar a su pueblo (la implicación del Vaticano en lo económico está por estudiarse), pero frente al mundo occidental la estrategia no resultó como se esperaba: la rampante laicización globalizada redujo en millones —entre 60 y 70— el número de católicos. El catolicismo popular mexicano acogió con

cariño al Papa, como acató las leyes de la colonia, pero entonces y ahora ha seguido sus propios derroteros.

Las multitudes acogen al líder, pero muy poco lo escuchan. El político no da mensaje discursivo, porque sabe que el pueblo se queda con unas cuantas palabras, declamadas, de gran poder emotivo. Ni el cantante ni el político ni el dirigente religioso esperan de la masa un conocimiento convencido ni un atento seguimiento.

En todo esto, incluido el catolicismo masivo, hay una razón cultural profunda que poco se toma en cuenta. Cada pueblo vive, en el interior de su cultura, imaginarios propios, mitos o símbolos, tan poderosos que muy difícilmente le permiten desprenderse de su significado para comprender lo diverso, lo ajeno, lo nuevo.

La evangelización ha padecido un desajuste entre el decir y el hacer, por la falta de inculturación. Los evangelizadores, desde los orígenes de México hasta el presente, lo confirman. La imagen comunicada por el extranjero le evoca al pueblo —piénsese, sobre todo, en las culturas indígenas—, no el sentido pretendido por la imagen venida del exterior, sino el que subyace vinculado a los valores de su propia cultura. El pueblo piensa en el contexto de su cultura; así ha comprendido al mismo Juan Pablo II, y para ser evangelizado, para apropiarse del mensaje, el pueblo necesita un largo proceso de inculturación.

Juan Pablo II sabía también que sus mensajes no transformaban la práctica de los mexicanos, pero prefirió retornar a lo que se ha llamado "la vuelta a la gran disciplina". No tomó en cuenta que era absolutamente necesario, primero, inculturar e interiorizar su mensaje; y se entiende, pues en su mundo polaco, culturalmente tan compacto, estaba acostumbrado a la estabilidad cultural. Lo único que tenía que hacer era ponerla en práctica. Y esto se reforzaba porque luchó con las mismas armas contra el comunismo soviético invasor que aplicaba a la práctica su doctrina. Por esto Juan Pablo II no se inculturó del todo en el mundo occidental, no acabó de comprenderlo. De palabra sostuvo la necesidad de "una nueva evangelización inculturada" (*Tertio Milenio Adveniente*), pero de hecho mandó a la curia romana que lo

Análisis Cultural-Religioso

urgiera. Sin embargo, inculturar el Evangelio implica aceptación libre y plural de las diversas culturas. Urgir la aplicación de una misma doctrina implica imposición uniforme. Pero el mandato del exterior no supe la aceptación interior del mensaje, y el Evangelio encarnado no es excepción. Para inculturarse, la institución eclesial tendría que cambiar: *aggiornamento*, actualizarse, según el Vaticano II.

Las primeras reacciones después del Concilio fueron extremas y opuestas. Por una parte, una aceptación superficial del mundo consumista, indiferente, irreligioso, tolerante e individualista; por otra, una vuelta temerosa a la tendencia conservadora. Karol Wojtyla se mantuvo siempre firme y cercano a esta tendencia, antes y después del Concilio y de su pontificado.

Junto con esta tendencia se da un desajuste que aun llega a ciertas contradicciones entre el decir, por una parte, como defender el pluralismo cultural católico y, por la otra, cerrarse a un diálogo con diversas opiniones teológicas, aceptables entre los católicos, como las de los teólogos de la Liberación en América Latina. Esta posición dura era suavizada, precisamente, por el carisma popular y mediático de Juan Pablo II.

Además, la curia romana mantuvo de manera firme la posición de nombrar obispos conservadores, más ejecutores de lo que se les mandaba que pastores de sus propias diócesis. Esto quedó patente en México con los nombramientos de los diversos obispos en torno a Don Samuel Ruiz, y en toda América Latina estos ejemplos se multiplicaban.

Conforme al Concilio hay cuatro imperativos urgentes que la Iglesia debe llevar a cabo.

1) Revisar a fondo los mecanismos por los que, de hecho, se elige a los obispos: la consulta real a las diócesis y el papel que los nuncios cumplen en los nombramientos.

2) Examinar minuciosamente las relaciones que se dan entre la curia romana y los episcopados del mundo, pues aquélla no puede ser nunca una pantalla autoritaria entre el Papa y los obispos.

3) Aplicar, en forma congruente, la consigna que Juan Pablo II dio en su primera aparición en público: "No tener miedo a Cristo". Para los cristianos, Cristo está presente tanto en el

Pueblo de Dios como en el mundo —en este mundo que nos tocó vivir, secular, indiferente a lo religioso, relativista, pero con enormes potencialidades para acercarse a la Buena Nueva cristiana—, y dar esperanza y justicia a esta globalización. La Iglesia no tiene que temer encontrarse con Cristo también presente en este mundo actual; tampoco debe negociar con las otras confesiones cristianas para que acepten la uniformidad de la “gran disciplina”. Incluso en las devociones, en la Liturgia y en los procesos de canonizaciones, habría que dar mayor amplitud a otras liturgias diferentes de la romana, y enfatizar más a los cristianos heroicos que, con audacia, encontraron a Cristo por caminos de búsqueda en este mundo concreto y se insertaron en él.

4) Reparar el daño causado no sólo a las diócesis mexicanas sino, sobre todo, a todo el pueblo de México. A las primeras, porque sin una evangelización inculturada seguirán los abandonos indiferentes y masivos de una Iglesia que no llega a fondo a las vivencias que el pueblo mantiene en esta época. Al pueblo de México, mosaico de diversas culturas, porque lo ha confirmado en aquella actitud pasiva e individualista de moverse, de manera constante, entre legalidad e ilegalidad, de aceptar lo mínimo de la ley para poder sobrevivir mejor. No hay por qué repetir los ejemplos políticos a la vista de todos. Es muy doloroso constatar que, en este ambiente, no se puede ser plenamente auténtico si se quiere sobrevivir.

La escasez de sacerdotes y ministros tendría también que mirarse a la luz de esa confianza en Cristo, presente hoy en todo el mundo. Debería revisarse el problema de las condiciones de selección y formación en los seminarios y en la organización de las parroquias, desde esta prioridad de la evangelización inculturada. Las comunidades necesitan más pastores que ministros burocráticos.

La Buena Nueva tampoco puede circunscribirse sólo a lo religioso. El compromiso universal de justicia ante los estragos de la globalización ha de ser uno, sobre todo, ante los países ricos, y diverso ante los pobres. En estos últimos la marginación es dramática. Ante los países hegemónicos se necesita una voz cristiana más definitiva y comprometida.

Análisis Cultural-Religioso

Cuando este compromiso se escatima viene una deformación grave del ámbito religioso. En los poderosos, la religiosidad se circunscribe a un nicho de prácticas escrupulosamente urgidas por el sistema y a una notable falta de compromiso en cuanto a la justicia, así como con pueblos y naciones; vida dual ante Dios y ante el César. Y, a veces, al grado de someterse de tal modo al poder que la religión resulta servidumbre que apuntala el enorme poder político. El presidente G. W. Bush ha sido criticado en los medios de comunicación por utilizar las religiones para reforzar el poder hegemónico.

El otro efecto de la señalada unilateralidad en lo religioso se da en el mundo más avanzado de la posmodernidad: hay religiones sometidas que provocan alejamiento de las confesiones establecidas, e incitan a búsquedas superficiales o morbosas en lo fundamentalista, en lo mágico y fantástico de las religiones, en la desesperación escéptica por encontrar una vía más racional. De esta forma también se debilita, por escepticismo, el reforzado poder que se le ha dado a la primacía de la disciplina religiosa.

Se dan, pues, distintas formas que encuentra el poder global para neutralizar y utilizar las tendencias religiosas en provecho propio. A continuación veremos cómo se llevó a cabo en México: el Estado laico, por tanto tiempo violentamente antirreligioso, se ve en la necesidad de negociar con la Iglesia; se quitó un opositor que podría impedirle entrar de lleno al mercado mundial, y a la Iglesia le presentó un centralismo y una uniformidad que robustecerían el poder del Vaticano. Pero la Iglesia mexicana fue vista como más negociadora con el poder político y menos comprometida con la pobreza de los marginados. Mayor servidumbre y menor libertad, sin poder insertarse plenamente ni dialogar con la laicidad plural de la nación. Por otra parte, la aplicación del mal menor, de los "arreglos" ya mencionados, se convirtió en un mal mayor de toda la cultura nacional, porque la considerable fuerza de la Iglesia no se aplicó a impulsar el bienestar común, sino a confirmar el defecto cultural de vivir en la ambigüedad, de estar dentro y fuera de la ley, al mantenerla sin aplicarla.

1.3. El Estado Vaticano de Juan Pablo II y México

Los viajes del Papa generaron un cambio en el gobierno del Vaticano. Un acompañante frecuente del Papa en sus correrías apostólicas resumió así el resultado de sus viajes: "La gente mira y saluda al cantor, pero no oye sus canciones". Y, consecuentemente, al no ser escuchado el mensaje, las curias romana y mexicana lo impusieron como mandato disciplinar. Téngase en cuenta que la Iglesia católica no sólo manda como agrupación religiosa, sino también como Estado Vaticano. Y esto, en México, vuelve a suscitar la misma confusión que ya contaminó más de dos siglos de nuestra historia: la lucha irreconciliable entre la política y la religión católica.

El liberalismo mexicano se ha esforzado por echar fuera del ámbito público a la Iglesia católica, lejos de toda injerencia en la política. Y la Iglesia ha reaccionado, con matices y atenuantes, con la antigua concepción de cristiandad, es decir, de unión entre Iglesia y Estado, o del Estado confesional católico, donde aquélla tiene una injerencia directa y oficial en la vida pública y la política.

La reacción moderna fue violenta. El Estado laico llegó a tener el poder absoluto de la política. Se hizo profundamente anticlerical, y desconoció toda manifestación pública de los derechos religiosos. La política se convirtió en dueña y señora absoluta sobre las ciencias, las cosmovisiones, el derecho y la religión. Se llegó al extremo de desconocer toda personalidad jurídica a las asociaciones religiosas y, por tanto, a desposeerlas de sus bienes y mandarlas a la clandestinidad de la conciencia privada. Fue una verdadera furia antirreligiosa contra la persistencia clerical de una Iglesia que no podía aceptar la creación del nuevo Estado laico ni el hecho de la sociedad secularizada, con independencia y autonomía de la razón y ciencia ilustradas.

El fin de la persecución religiosa y de la guerra cristera dejó dos lecciones latentes aprendidas con sangre: el establecimiento definitivo del Estado laico, aconfesional, con el que la Iglesia tenía que acostumbrarse a convivir, y el pleno derecho a la libertad religiosa que, a la larga, se impone a la represión. Las lecciones, desgraciadamente, no se aprovecharon del todo

Análisis Cultural-Religioso

y se llegó a una solución que sólo resolvía la aguda persecución: los "arreglos a la mexicana", de mantener la ley pero no aplicarla.

El término de la guerra fría y el surgimiento de la única *globalización* mundial, repercutieron en México, cuando el presidente Carlos Salinas necesitó hacer cambios constitucionales, para que nuestro país entrara al comercio mundial. Se reconocieron los derechos de las asociaciones religiosas y se restablecieron las relaciones diplomáticas con el Estado Vaticano.

Además, se logró otro "arreglo" más sutil que el anterior, pero que tampoco es solución, porque la democracia todavía no derriba el absolutismo de la política, ni la Iglesia acaba de aceptar al Estado laico y plural. La política mexicana sigue sin escuchar a la sociedad en sus deseos y valores. El Vaticano continúa imponiéndose como sociedad perfecta del mundo antiguo, más que como el pueblo de Dios presente en este mundo moderno.

Pero la globalización actual es la que ha sacado ventaja de este "arreglo" porque, por una parte, ratifica el derecho a la libertad religiosa, pero se las ingenia para transformar sutilmente o, mejor dicho, desfigurar agudamente el rostro de las asociaciones religiosas. Las convirtió en nichos de culto y devoción, pero distantes del ámbito de la economía y de la política, de modo que intervengan al mínimo en el peligroso mundo de los contrastes e injusticias de la sociedad, y garanticen así la estabilidad política. Y, por otra parte, el mundo globalizado reconoció y apoyó al Estado Vaticano con toda la ayuda mediática conocida recibiendo, a cambio, discreción y silencio al hablar de la justicia y los derechos y, sobre todo, amortiguando las iniciativas que busquen una alternativa solidaria a esta globalización uniforme. Sintonizó, además, con el centralismo de la curia romana, que minimizó la diversidad de culturas y condiciones sociales, al insistir en la uniformidad de una curia que es, juntamente, Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial, como han apuntado algunos teólogos.

Se trata de un centralismo católico que ha acentuado los dos pesos y las dos medidas: uno favorable a la globalización conservadora y otro suspicaz de toda posible alternativa que pueda amenazar con desestabilizar el estatus actual.

Todos recordamos el notable contraste de la política del Papa: el apoyo generoso al sindicato polaco de Solidaridad cuando la liberación de Polonia —están por estudiarse los costos económicos— y la recia crítica al sandinismo izquierdista de Nicaragua, especialmente cuando el Papa la visitó.

Y México también recuerda, por una parte, una misa dicha en los astilleros polacos, en apoyo a los derechos de los sindicalistas de Solidaridad y, por otro, el contraste con la diócesis de Chihuahua en tiempos de monseñor Adalberto Almeida, cuando éste decretó un triduo de penitencia para reparar el pecado público de abuso político del voto, donde ni siquiera había reivindicaciones de izquierda. Lo primero fue aprobado por el Vaticano y lo segundo prohibido.

Esta política de dos pesos y dos medidas se dio también al interior de la Iglesia: por una parte, la gran facilidad con que se ayudó a corrientes conservadoras bien conocidas, y aun a canonizaciones y, por otra, la severidad y la dificultad para con algunas fuerzas de vanguardia, como fue el caso de la renuncia del general de los jesuitas, Pedro Arrupe, o la resistencia a introducir la causa de monseñor Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador, sacrificado en el altar, hace ya 25 años.

México también fue testigo de cómo ejecutaron el cierre de seminarios más abiertos, como el Seminario Regional de las diócesis del golfo sur, en Tehuacán, Puebla, o la prohibición a más de 100 estudiantes externos de teología que acudían al Teologado de los jesuitas, en el Distrito Federal. El Vaticano se mostró agradecido con quienes llevaron a cabo estas medidas y les retribuyó con creces.

1.4. Por un nuevo Concilio

Lo más probable es que el nuevo Papa, Benedicto XVI, será también fiel sucesor de la misma línea trazada por Juan Pablo II, del que fue estrecho y firme colaborador por tantos años, al frente de la Doctrina de la Fe.

Nadie se extrañó: el humo blanco, en tan breve cónclave, preanunciaba que se continuaba en la misma dirección. Una reacción tan rápidamente consensuada era casi impensable.

Análisis Cultural-Religioso

Todos los cardenales, a excepción de tres, habían sido nombrados por Juan Pablo II.

Por duro que parezca a los cristianos que teníamos otra opinión y deseo, aceptamos en fe el misterio de la Iglesia, aunque no sin tribulación. En la misma fe sabemos que todos los que vivimos este misterio tenemos la responsabilidad ineludible de decir con toda libertad y respeto nuestra propia opinión.

La historia enseña que, aun dentro de los más selectos colegios cardenalicios y cónclaves, se dan los más intensos combates de la guerra interminable que libra el corazón humano, la lucha eterna entre el bien y el mal, entre el desinteresado servicio de anunciar la Buena Nueva o el interesado poder que deja la administración de lo sagrado. Se da en los espacios religiosos por diferentes que sean; ejemplo insigne son los escribas y los fariseos del tiempo de Jesús.

En las actuales circunstancias, al inicio de este tercer milenio y después de Juan Pablo II, hay la opinión de que lo decisivo de esta batalla se va a definir en torno a la convocatoria de un nuevo Concilio ecuménico. Si el nuevo Papa, Benedicto XVI, con la libertad y confianza evangélicas del añorado Juan XXIII, lo convoca será más factible que el bien progrese y se asiente por buen tiempo: se revitalizaría la fuerza del carisma evangélico de la Iglesia y predominaría con mayor libertad sobre sus propias y pesadas estructuras, transformándolas y adaptándolas a las nuevas necesidades. Así, desahogado el carisma, la Iglesia contribuiría, con lo mejor de ella y muy presente en esta coyuntura, al bien de la humanidad entera.

La Iglesia necesita audacia y libertad excepcionales para mirar de frente el gigantesco desafío de este mundo globalizado, y tomar muy en cuenta los hondos cuestionamientos que se le hacen, sobre todo, para que se inculture en este mundo inédito, con unas estructuras renovadas, actualizadas y comprensibles, que dejen en mayor libertad al carisma evangélico de todos los episcopados y fieles, a fin de que manifieste su vitalidad, discierna y acepte toda verdad, dondequiera que se encuentre, dentro o fuera de ella, y preserve del mal.

Creo que esta tarea la puede llevar a cabo más fácilmente un Concilio ecuménico que rescate la fuerza episcopal y laical del predominio cupular Vaticano. Porque es necesario contrarrestar el excesivo poder centralista de la curia romana, que tan poderosamente influye para que el Papa se acoja a ese mismo centralismo, opuesto de hecho a la inculturación plural en las más diversas culturas de los cinco continentes.

En el mundo globalizado existe también la misma tendencia al centralismo y a la uniformidad de una misma estructura de poder. Al poder global le viene mejor entenderse políticamente con el Estado Vaticano, que enfrentar el desafío de la acción plural y democrática de los cristianos de todo el mundo.

Y la única alternativa más humana al hecho de esta globalización uniforme es una globalización plural que aumente la comunicación, con interrelaciones plurales, y forme, democráticamente, los encuentros de diferentes sociedades, naciones, estructuras internacionales económicas y políticas. Creemos que la Iglesia debe desarrollar, también desde sí misma, esa alternativa mucho más humana.

¿Qué puede pasar si la Iglesia católica decide no convocar a Concilio sino, por el contrario, simplemente opta por mantener el actual estado en que se encuentra?

Cuentan que el cardenal colombiano Darío Castrillón rechazó la propuesta de un nuevo Concilio con este cuestionamiento: ¿Para qué un nuevo Concilio si ni siquiera se conoce todavía el Concilio Vaticano II?

Como se ve, el argumento es débil y se vuelve contra el que lo proponga para no convocarlo, porque lleva a cuestionar, precisamente, las causas de aquella ignorancia. ¿No anda mal algo definitivo en la vida de la Iglesia que 40 años después del Concilio todavía ni siquiera se conoce?, ¿cuáles son las causas por las que ni se le conoce ni, en consecuencia, se le pone en práctica?, ¿es porque las comunidades católicas lo rechazan?, ¿o más bien porque se han dado interpretaciones y aplicaciones que no convencen, pues parecen diferentes de lo que deja la lectura de los textos medulares? Un mismo texto del Vaticano II puede leerse desde diversos contextos, por ejemplo, desde el de la Reforma de Trento o desde el del

Análisis Cultural-Religioso

aggiornamento (actualización) del propio Concilio o desde el globalizado actual.

Además, y en definitiva, el Vaticano II no consideró la caída del "segundo mundo" y mucho menos que ahora conoció el "tercer y cuarto" mundos, ni previó el actual mundo globalizado uniforme, que está cambiando tan radicalmente los destinos de millones de personas.

Juan Pablo II fue un Papa peregrino de dimensión mediática poderosa. Un Papa que en sus constantes viajes, a pesar de su profunda fe y honesta personalidad de padre bueno, aparecía más como jefe de Estado del Vaticano, intransigente ante la problemática actual, especialmente cuando predominaba desde la curia romana el mandato a una inculturación uniforme, con muy escaso margen de maniobra en la práctica litúrgico-pastoral. Los documentos sobre el tercer milenio insisten en una evangelización nueva e inculturada, pero desde una institución muy pesada y casi inflexible.

La Iglesia de Chiapas, cuando la sucesión de Don Samuel Ruiz, fue un caso clarísimo del predominio de la uniformidad sobre la inculturación. Las variadas comunidades indígenas habían crecido mucho con el contacto vivo de la Palabra de Dios, traducida y aplicada por ellas mismas. Contaban con diáconos casados y el movimiento pastoral pedía una inculturación con sacerdotes casados, pero la uniformidad de la Iglesia católica lo prohibió e incluso frenó el movimiento de los diáconos. Lo mismo sucede con el movimiento litúrgico. ¿Cómo un pueblo de cultura tan lejana a la occidental, como el tzeltal, puede ceñirse, casi en total silencio, a los nombramientos curiales de sus obispos y a las solas liturgias romanas? En lugar de que la Iglesia se inculture entre los tzeltales, resulta que los indígenas son los que deben inculturarse en la romana, dentro de su propia tierra.

Del cambio profundo al que nos referimos saldrán respuestas pastorales, fieles al mensaje evangélico y adaptadas a la actualidad, que respondan mejor a cuestiones como el sacerdocio de la mujer, la posible opción de sacerdotes casados, o una moral social y sexual, como la eutanasia, el control natal, la clonación, las minorías sexuales, desafiada por los adelantos en la actual investigación interdisciplinar.

El caso de rápida descristianización en toda Europa y, particularmente, en la Polonia liberada del comunismo, ¿no es un cuestionamiento patético de que la actual tendencia es menos apta para anunciar el Evangelio en esta globalización?

Para que la Iglesia mantenga su autenticidad en esta coyuntura uniforme y, por tal, injusta, tiene que dar un gran cambio: prioridad a los valores religiosos y culturales en su diversidad y poner a la institución eclesial a su servicio, y no a la inversa. Esto lo puede hacer más fácilmente un Concilio frente a las poderosas instituciones curiales, sobre todo la Vaticana.

Una contraprueba de lo dicho es la desconfiguración que esta globalización está llevando a cabo en todas las religiones: políticamente las exalta y ayuda, las eleva al nicho de una religiosidad distante de las políticas de este mercado, para que no interfieran, y les hurte el compromiso que las religiones tienen con todo el hombre.

La línea de gobierno que promovió el Vaticano por el mundo causó, en los católicos mexicanos, efectos más dañinos que benéficos. Hacemos una rápida enumeración de los principales:

- La minoría tradicionalista, derrotada en el Concilio Vaticano II, controló el colegio cardenalicio y la curia romana restó poder al episcopado mundial y lo subordinó a través de las nunciaturas.
- Los sínodos se hicieron consultas papales, con redacción final de la curia.
- Los viajes el Papa afianzaron su centralismo más que proporcionaron autonomía a las conferencias episcopales.
- La Iglesia poco se incultura y evangeliza al interior de personas y culturas plurales; más bien repite uniformemente la doctrina, vía disciplina, desde parámetros del pasado, con poco compromiso de fondo.
- Al no deslindarse bien de la política confirma al anticlericalismo en su irreconciliable crítica.
- No afronta con cuestionamientos críticos y alternativos el absolutismo rampante de la política mundial.
- Debilita, de hecho, la libertad cristiana ante la política.

Análisis Cultural-Religioso

- No se entrega a un cambio que libere al hombre de la situación actual.
- No asume el suficiente compromiso evangélico con los pobres; parece estar más bien tolerando temerosamente a los poderosos, y puede ser cómplice de ellos.
- Se sigue esperando plena rehabilitación de todos los episcopados, teólogos y promotores, religiosos o laicos, para que digan su voz e iniciativas, en el pleno encuentro en la fe de todos los que forman el cuerpo misterioso de Cristo, insertos en este mundo secularizado y autónomo.
- La teología oficial romana muestra uniformidad disciplinaria: impuso el mismo Catecismo Católico Universal, se reelaboró un solo Código de Derecho Canónico y un Compendio de Doctrina Social, para todos. Se repotenció la Congregación de la Doctrina de la Fe, con medidas disciplinarias a obispos y teólogos, hasta provocar la Declaración de Colonia, en 1089, firmada por 172 teólogos.

2. México y Benedicto XVI

2.1. Benedicto XVI ¿renovación o restauración?

Hemos presentado el panorama del pontificado de Juan Pablo II, en cuanto a la pastoral y la política. En ambas hemos advertido un claro desajuste entre el decir y el hacer. En el decir de la pastoral se habla de una nueva evangelización inculturada y, por tanto, plural. Pero en el hacer se aplica con poder una disciplina uniforme y ortodoxa, aunque extrínseca al hombre de hoy. En el decir de la política del Estado Vaticano se plantea una evangelización abierta y universal, pero realmente se impone como una disciplina única.

Con la rápida elección de Benedicto XVI la opinión se ha preguntado más bien por los derroteros que va a tomar (si va a ser un pontificado de relevo o de cambio) que por la persona del nuevo Papa.

Hay que evitar superficiales prejuicios anticipados. El antiguo colega en teología de Benedicto XVI, el suizo Hans Küng, quien luego siguió por derroteros distintos y aun opuestos, ha repetido, no sin humor y simpatía por el Papa, que a toda

persona hay que darle tiempo, al menos 100 días como a George W. Bush, antes de opinar. A Joseph Ratzinger hay que darle también tiempo, para que haga su programa pontificio y los primeros cambios en sus colaboradores.

Si se acepta este elemental consejo de respeto y prudencia que toda persona merece, añadiríamos que es necesario conocer, primero, lo elemental de su vida y trayectoria de teólogo. De otro modo se puede llamar fácilmente a engaño. Hace ya 20 años, el periodista Vittorio Messori comienza así su libro sobre Joseph Ratzinger, *Informe sobre la fe*: "Un típico bávaro, de aspecto cordial, que vive modestamente en un pisito junto al Vaticano... Un *Panzer Kardinal* que no ha dejado jamás los atuendos fastuosos ni el pectoral de oro de Príncipe de la Santa Iglesia Romana [y continúa] Y así podríamos seguir. Citas y citas"... lejos de toda objetividad.

Por falta de espacio, adelantamos en cada una de las alternativas de cambio o continuidad algunos datos biográficos elementales.

1) Para los que esperamos un cambio de rumbo en el pontificado de Benedicto XVI lo que parece más esperanzador es la acendrada fe del Papa y su seria consistencia teológica tan reconocida.

En el inicio oficial de su pontificado, Benedicto XVI puso en solemne compromiso sus últimos y supremos valores de fe:

Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor, y dejarme conducir por Él de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.

Evoca el espíritu del Concilio Vaticano II: un nuevo Pentecostés que conduce a la Iglesia. Es la apertura a aceptar, desde el Evangelio, los valores culturales modernos, en variedad de situaciones, sin condenas ni anatemas. Esto supone tomar decisiones desde la escucha directa del Evangelio, en comunidad de fe, considerando los presentes signos de los tiempos, sin huir del mundo: el diálogo necesario con las otras confesiones cristianas y con todos los hombres de bue-

Análisis Cultural-Religioso

na conciencia. Requiere una actitud de respeto profundo a la libertad de los hombres, los hijos de Dios, y a su dignidad, porque muchos de ellos, por diversas causas, se encuentran en situación de injusticia.

Hay que volver al espíritu del Concilio, no a fósiles teologías o a posteriores reacciones asustadizas o involutivas. Se acabó el tiempo de la contrarreforma. Se inició, hace ya mucho, una nueva conciencia de Iglesia.

En uno de sus primeros libros, *El Nuevo Pueblo de Dios* (1972), Joseph Ratzinger escribió:

En muchas manifestaciones teológicas, antes del Concilio y todavía durante el Concilio mismo, podía percibirse el empeño de reducir la teología a ser registro y —tal vez también sistematización de las manifestaciones del magisterio. El Concilio impuso su voluntad de cultivar de *nuevo* la teología, sin mirarse *únicamente* en el espejo de la interpretación oficial de los últimos cien y *escuchar* los interrogantes de los hombres de hoy.

A este propósito, el Concilio dice:

Debe reconocerse a todos la justa libertad de investigación, la libertad de pensar y la de expresar humilde y valerosamente su manera de ver en aquellas materias en las que son expertos... Aportar nuevas investigaciones teológicas frente a los más recientes estudios y hallazgos de las ciencias, de la historia y de la filosofía, y buscar siempre un método más apropiado de comunicar la doctrina a los hombres de su época (GS, 62).

Esta idea, tan necesaria en el presente, está muy relacionada con otra enseñanza del libro citado, aún más importante: la presencia y la comunión activa de los episcopados de todo el mundo. Insiste J. Ratzinger en que en los primeros siglos de la Iglesia había una relación diferente de los patriarcados principales con la Sede romana: mantenían una estrecha colaboración y unión en la fe con el sucesor de Pedro y, a la vez, gozaban de gran autonomía disciplinar, de manera que formaban una gran comunión de fe en medio de una plural diversidad de culturas.

La carrera teológica de Benedicto XVI empieza con su tesis doctoral sobre la noción de Pueblo de Dios, en San Agustín (1954), y su habilitación para enseñar sobre la Teología de la Historia en San Buenaventura (1959). Luego entró en diálogo con la Ilustración y el idealismo hegeliano, sobre el sentido de la historia, el Evangelio y la subjetividad. Recorrió varias universidades como la de Bonn, Münster y Tübingen. *Mi vida* (1977) es un libro clave que explica cómo lo afectó la crisis de 1968 y 1969, cuando estaba escribiendo su famosa *Introducción al Cristianismo*. Bultmann y Heidegger, por una parte, y Ernst Bloch, marxista, por otra, le dejaron honda reacción en contra de toda teología política y revolucionaria, como se verá luego, a propósito de la Teología de la Liberación. El contacto con la filosofía de Nietzsche le llevó a asumir posturas epistemológicas más tradicionales, en el libro *Fe, Verdad y Tolerancia*.

Como se ve, Joseph Ratzinger conoce muy a fondo el mundo germano, aunque muy exclusivo del centro de Europa: intelectual coherente e inmerso en su propia cultura, con escaso contacto con las culturas contemporáneas de los otros continentes, y con poco tiempo dedicado al cuidado pastoral aun en Alemania.

Es más bien tímido, con poca presencia mediática y escaso carisma con las grandes masas. En contraste con Juan Pablo II, no espera tanto ser recibido como "cantor" de multitudes, cuanto por el significado de su mensaje.

Este perfil intelectual del nuevo Papa garantiza a la Iglesia entera una honda profundidad teológica en sus intervenciones y mayor eficiencia en relación con los Episcopados y los activistas católicos.

2) Los que tememos que Benedicto XVI vaya a continuar por el mismo rumbo de Juan Pablo II, con quien colaboró estrechamente al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe desde 1982, contamos con una razón poderosa. Nos preguntamos: ¿por qué fue tan adicto a la orientación de Juan Pablo II, por tantos años?, ¿cómo pudo haber colaborado tantos años si no estaba de acuerdo?

Y no se trata de divergencias de fe ni del sentido eclesial, sino de teoría del conocimiento y epistemología diferentes.

Análisis Cultural-Religioso

Ambos pontífices, por caminos diferentes, llevan hondamente asimilada una misma epistemología. Es una actitud suspicaz de reserva ante lo que entraña el mundo laico y globalizado que, hay que reconocerlo también, tanto estrago ha causado en los creyentes, en todos lados, pero sobre todo en la cultura europea. Esta actitud temerosa de la emotividad se ve reforzada por una insuficiente teoría del conocimiento de la verdad, que da seguridad pero que no permite afrontar el reto moderno con plena criticidad.

Como ya lo mencionamos, Juan Pablo II creció en una Polonia dominada, después de los nazis por los comunistas soviéticos. Fue su enemigo a vencer, frente a la teoría del materialismo dialéctico y ateo, que se aplicaba también al materialismo histórico: puestas las condiciones requeridas, se desencadenaba el proceso histórico. Juan Pablo II aplicó los principios de la teología preconiliar de tradición polaca a la cautividad de su religión y de su patria, y logró la liberación. En las dos tendencias se manejaban métodos que no dejaban de tener una semejanza: los principios teóricos ateos o católicos se aplicaban lógicamente y sin discutir con mayor crítica, a las prácticas comunistas o evangélicas. Ambas partes, en lucha a muerte, aplicaban estrategias semejantes.

Ya Papa, Juan Pablo II empleó la misma estrategia ante la indiferencia práctica del laicismo occidental, con poca eficacia y muy escaso éxito en detener la rampante secularización, durante los 26 largos años de su pontificado. La disminución de los católicos es patética.

Joseph Ratzinger tuvo que enfrentar con mayor criticidad teórica, además del marxismo alemán, a los más sutiles y evolucionados filósofos, igualmente peligrosos para la vida de fe: el idealismo alemán, el estéril subjetivismo existencial.

A diferencia de Juan Pablo II, que nunca dudó porque no tuvo nunca otro horizonte, Joseph Ratzinger había oteado ampliamente todo el horizonte centroeuropeo y había comprendido la necesidad de una renovación de la fe, buscando a Dios en los nuevos signos de los tiempos. Asumió con entusiasmo y fe profunda la apertura conciliar, pero tuvo un quiebre, más emotivo que racional: vio cómo tantos católicos

aplicaron con superficialidad y egoísmo la profunda apertura conciliar, al comienzo del posconcilio, como tiempos de "destape", de botar muchas prácticas y creencias, para quedarse en lastimosa desnudez. Habían frivolidado el Concilio.

El joven profesor de teología, en 1968 y 1969 se sacudió emocionalmente. En lugar de reflexionar en paz que el abuso no invalida el uso y la práctica verdadera del Concilio, se dedicó a bucear en las profundidades de las teorías seculares en boga, sin salir de su asombro ni sacudir su temor. Por último, parece que su emotividad dobló su potente razón. Así lo dejó ver en los largos años que estuvo al frente de la Doctrina de la Fe.

La óptica intelectual se puede tratar desde distintos niveles de profundidad. Me limito a indicar algunos breves comentarios, al alcance de los no especializados, del mismo Joseph Ratzinger en una entrevista que Antonio Socci, hábil periodista italiano, le había hecho, publicada en *Il Giorno*, el 27 de noviembre del año pasado.

Se objeta con frecuencia que: "todas las religiones llevan hacia Dios, de forma que lo mismo vale una que otra", dice Antonio Socci, a lo cual Ratzinger responde, con razón:

Es una forma de relativismo estático, de indiferentismo histórico. Todas se encuentran en un mismo dinamismo histórico. Al final, la Verdad es una, Dios es uno. No son caminos equivalentes. Están en diálogo interior. Verdad y mentira no pueden ser salvación en la misma forma, no son respuestas a los grandes interrogantes del hombre.

En cuanto a Jesús de Nazaret, Ratzinger no aplica del todo lo asentado antes: en la fe acepta que todo el proceso histórico es un proceso de cristificación. Jesús resucitado está presente en todos los momentos y movimientos en el mundo. Se impone, pues, el diálogo que brota de los grandes interrogantes. Tanto la Iglesia como el mundo los tienen.

En ese proceso cristístico, no es verdad que la Iglesia tenga sólo respuesta y el mundo sólo preguntas. Se impone el encuentro y el diálogo entre todos, para discernir juntos lo que mejor responde a los profundos interrogantes humanos. Las

Análisis Cultural-Religioso

respuestas son diversas, según se digan desde dentro de la comunidad de fe o desde fuera de ella, y de acuerdo con diversas perspectivas o disciplinas. No es arrogancia doctrinal proclamar a Cristo como única salvación universal, Así lo hace Pablo de Tarso en el *Areópago*: "a ese Dios desconocido vengo a anunciarles". Por eso la Iglesia tiene que estar en el presente y discernir los signos de los tiempos.

Ratzinger se fija en lo trascendental de la fe, pero no tanto en la concreta presencia universal. No admite ninguna trascendencia, es verdad. Entiende la autonomía del mundo en el sentido de que nada hay superior a las naciones. Pero a Ratzinger habría que hacerle otras preguntas: ¿No ha reaccionado ante la cerrazón del mundo en sí mismo, cerrando a la fe en sí misma, sin cuestionarse con lo trascendente que discierne en el mundo?, ¿no está mostrando algo de la cerrazón que critica en el mundo?, ¿y la Iglesia no se ha cerrado a encontrarlo más allá de su propio dominio y autonomía?, ¿no ha de empezar de nuevo el diálogo con el mundo actual, a partir de lo que les une más que de lo que los divide? Ratzinger dice bellamente que Cristo es un camino de luz que invade la historia, no es un individuo lejano a mí y a ninguno. Por tanto, hay que preguntarse por lo que dice en medio del tiempo presente. El hombre sigue teniendo el deseo de infinito.

En forma parecida habría que cuestionarle acerca de la Teología de la Liberación. Sus teólogos jamás abjuraron de su fe para hacer política, ni en forma práctica equivalente. Quisieron mostrar la justicia divina, precisamente en su preferencia por los pobres frente a los ídolos del poder y del dinero. Sólo alguna lectura incompleta o prejuizada de estos teólogos sostendría que absolutizaron la política marxista por encima de la misma fe cristiana. Esto sí lo sostiene en la práctica y muy contundentemente la política occidental hoy vigente en Europa y en buena parte del mundo globalizado.

A este respecto, por último, hay dos dificultades que se le presentan a Ratzinger. La primera es que toda ética y toda religión tienen una reserva crítica ante la política, es decir, desde su propia identidad, sin convertirse en asociación política, tienen una palabra crítica y trascendente sobre la vida privada y también pública, que inciden, por tanto, en la polí-

tica, aunque directamente no sean políticas. Y eso es lo que pretendió la Teología de la Liberación, aunque algunos de sus seguidores sí estaban politizados. Paradójicamente, la Iglesia católica ante el mundo, a través del Estado Vaticano, no sólo tiene esa reserva crítica en nombre de los valores del Evangelio, sino también está presente en el directo concierto político de las naciones. Y esta ambigüedad difícil de conciliar en el mundo moderno —religión universal y juntamente Estado político particular— no convence del todo al mundo moderno.

2.2. Benedicto XVI y el episcopado mexicano

Durante el Sínodo de Obispos, el Papa se encontró en cuatro ocasiones con grupos de obispos mexicanos que estaban en Roma.

Es notable el acierto con que les habló. Sus asesores, desde luego, están muy al tanto de lo que pasa en el mundo y del sentido pastoral del nuevo Pontífice.

El 8 de septiembre se encontró con los obispos del Norte y Occidente de México. Destaca, desde luego, el párrafo sobre la Virgen de Guadalupe, símbolo prototipo de la nación: "La riqueza del Acontecimiento Guadalupano unió en una unidad nueva a personas, historias y culturas diferentes, a través de las cuales México ha ido madurando su identidad y su misión".

Además de la participación estrecha de todos los obispos para una acción conjunta por el bien del país, el Papa se refiere a tres características de la nueva configuración de la sociedad. La primera es la necesidad de hacer la "transición" a la acción de los fieles laicos. Esto tiene vital importancia, ya que la Iglesia mexicana se ha caracterizado por un clericalismo muy fuerte. Pero el mundo moderno pide una transición definitiva: los fieles laicos deben tomar mayor conciencia de su vocación en la sociedad y asumir su responsabilidad en la acción plural. La segunda característica de la nueva sociedad es el creciente pluralismo. México siempre ha sido plural, tanto por las diversas etnias como por tan dispares culturas de un avanzado mestizaje que no ha fraguado en unidad social democrática. Ahora hay que añadir un nuevo pluralismo, reacción diversa a la apremiante globalización económica. La

Análisis Cultural-Religioso

tercera característica es la exigencia que el mundo actual hace a los cristianos de ser coherentes e intrépidos.

El cuestionamiento que se hace de la exigencia de coherencia e intrepidez de la fe es que sin ellos no puede haber la creatividad requerida para interpretar los signos de los tiempos ni crear nuevas propuestas para el bienestar común.

El 15 de septiembre el Papa recibió al segundo grupo de obispos, del Norte y Oriente de México, donde la ciudad de Monterrey está generando un auge industrial que influye definitivamente en toda la región.

El Papa vuelve a insistir en el compromiso de fe y de sentido unitario de la presencia de los católicos en el mundo. Esta palabra desafía el cristianismo ligero (*light*, dice la moda), fácil tentación para los cristianos de este tiempo: sentirse satisfechos de cumplir con unas cuantas rutinas religiosas, aisladas del compromiso con el mundo.

La intrepidez pedida afecta también la lucha contra la rampante corrupción y el deterioro de las sanas formas de convivencia. Es muy significativo que a esta zona centrada en Monterrey se le vuelva a insistir, con toda claridad, en el significado y alcance del pecado social y de la situación de pobreza, en la región tan frecuentada por los migrantes, que siguen su éxodo ante la indiferencia de la solidaridad cristiana.

Por la fuerza de esta alocución, la prensa mexicana hizo algunas pequeñas referencias.

El tercer encuentro fue con el grupo del Centro de México, el 23 de septiembre. La ingente cosmópolis tiene ya todos los efectos devastadores y deshumanizantes que aparecen en este mundo globalizado. El mensaje del Papa es breve pero certero: les recuerda a los cristianos algo que a ellos, por rutina, les sorprende hasta la sonrisa: escuchar "lo que el Espíritu dice a las Iglesias" (Ap. 2,7).

Y es que a muchos les resulta inaudito escuchar la novedad del Espíritu en su interior o en el corazón del mundo. Y sin esta novedad no se tiene la creatividad ni la intrepidez para proponer algo valioso, en estos tiempos que claman por nuevas creaciones en una inculturación en una vida comunitaria intensa, que sepa comprender el mundo individualista en que se vive.

El cuarto encuentro fue con los obispos del Sur-Occidente, marcado intensamente por los pueblos indígenas. Con ellos se dio un primer encuentro del Evangelio y uno segundo y reciente, como ya se ha comentado. Por ello la alusión de "la abnegada entrega a la evangelización de los pueblos".

Se comprende que en tierras de los pobres entre los pobres se hable de la solidaridad y la paz que hagan realmente posible la justicia. Pero insiste Benedicto en que aliviar las necesidades no es lo único, sino que hay que ir a las raíces de la injusticia y proponer medidas que den a "las estructuras sociales, políticas y económicas, una configuración más ecuánime y solidaria".

Termina, por otra parte, destacando una cualidad humana de gran riqueza y que los indígenas tienen con qué enriquecer al mundo consumista: el sentido; su alegría y su sentido de fiesta.

3. Recapitulación

Destaquemos ahora las nervaduras centrales de estas reflexiones sobre las relaciones entre la fe de la religión católica y el México actual, a la muerte del papa Juan Pablo II y tras la elección de su sucesor, Benedicto XVI.

Esta relación es considerada dentro del encuentro más amplio de la fe cristiana con el mundo moderno, ya muy adentrado en las capas urbanas e industriales de la sociedad mexicana.

Éste ha sido nuestro hilo conductor: el desarrollo cultural brota de un conjunto de significados y valores espontáneos que configuran un determinado perfil de sociedad, la cual crecerá mediada por nuevos significados y valores capaces de crear instituciones cada vez más fuertes, si se mantienen fieles y subordinados al carisma original. Y, al contrario, la cultura decrecerá y se hundirá en la decadencia siempre que la institución se arrogue el poder último y sofoque el carisma del que proviene. De aquí se sigue una norma fundamental: el carisma es siempre vivo y activo, y exige cambios continuos en las instituciones, tanto por el permanente flujo de la


Análisis Cultural-Religioso

historia como por los nuevos significados y valores que surgen de la sociedad.

Creemos que esto vale también para el encuentro de diversas culturas; en nuestro caso, de la inculturación de la cultura española —y ahora podríamos añadir, la europea, la romana, polaca, la alemana o la estadounidense—, en las culturas mesoamericanas.

Juan Pablo II vivió intensamente el carisma de la fe, integrado con una fuerte institución como la Iglesia polaca. Esa unidad le permitió aplicar la gran disciplina de la cristiandad frente al comunismo ateo de los soviéticos. Pero al contrario, la cultura indígena tuvo dificultades para aceptar la cultura española. Esto hizo que se viviera una fe insuficientemente inculturada, oscilando entre las legalidades de la Iglesia española y las ilegalidades de los ritos y costumbres religiosas de sus ancestros.

Benedicto XVI, por su larga colaboración con Juan Pablo II, y por haber vivido siempre dentro de la cultura centroeuropea, probablemente seguirá la misma trayectoria de su antecesor. Ante el crecimiento de la globalización pragmática, luchará contra los relativismos e indiferentismos superficiales. Quizá tenga también dificultades para impulsar una más abierta inculturación plural de la fe y religiosidad cristiana.

Por eso, hay una honda necesidad de convocar a un nuevo Concilio ecuménico. 

Análisis Plural

Se terminó de imprimir
en enero de 2006, en los talleres de

impretei, s.a. de c. v.

Almería No. 17, Col. Postal

México, D. F., C. P. 03410

Tel. 56 96 25 03

impretei@mail.internet.com.mx

Se imprimieron 1 000 ejemplares
más sobrantes para reposición

icamente, norma o código dados para un te
ritorio determinado y que la Constitución
de 1978 ha mantenido en Navarra y en el Pa
vasco. 2. m. Jurisdicción, poder. Fuero ec
lesiástico, secular. 3. m. Compilación de le
es. Fuero Juzgo. Fuero Real. 4. m. Cada u
de los privilegios y exenciones que se con
ceden a una provincia, a una ciudad o a un
persona. U. m. en pl. 5. m. Privilegio, pr
rogativa o derecho moral que se reconoce
a ciertas actividades, principios, virtude
etc., por su propia naturaleza. U. m. en p
Defender los fueros de la poesía, del arte
de la justicia, de la razón. 6. colog. Arr
gancia, presunción. U. m. en pl. 7. m. Der
competencia a la que legalmente están some
das las partes y que por derecho les corre
ponde. 8. m. Der. Competencia jurisdicción
especial que corresponde a ciertas persona
por razón de su cargo. Fuero parlamentario
9. m. ant. Lugar o sitio en que se hacía j
icia. ~ de la conciencia. 1. m. Libertad
a conciencia para aprobar las buenas obra
reprobar las malas. U. m. en pl. ~ inte
rior, o ~ interno. 1. m. Fuero de la con



Centro Tata Vasco, A.C.



ITESO

